

Las dificultades y aprendizajes en una escuela en contexto desfavorable

Constanza Fuertes¹

Resumen

En este trabajo se analiza una experiencia de aprendizaje en contexto desfavorable. Para ello se toma como eje una clase de prácticas del lenguaje de nivel secundario, donde se desarrollan los géneros fantástico y realista. Se destacan principalmente las dificultades a nivel metodológico y social. Sobre el final se enfatizará sobre el papel del lenguaje respecto del fracaso escolar y su incidencia en las relaciones entre docentes y alumnos.

Palabras clave

Contexto desfavorable – límites – violencia – aprendizaje - género fantástico - género realista - barrera lingüística - fracaso escolar.

La experiencia a relatar sucedió en el año 2010 en la escuela municipal N°104 (ahora N°204) ubicada en el barrio Cerrito Sur. Cabe aclarar que fue una de mis primeras experiencias docentes en el ámbito municipal y en contextos desfavorables. Con esto último hago referencia a que la situación socioeconómica de los chicos que acudían a esa escuela era bastante delicada. Muchos padres trabajaban todo el día, a veces necesitaban que los chicos también lo hicieran. Otros sufrían la ausencia de figuras maternas o paternas por estar en la cárcel. Y algunos eran víctimas de violencia familiar.

Ese año trabajé en un segundo año de ES en Prácticas del lenguaje con un curso bastante difícil. Las primeras clases no hubo demasiados inconvenientes, de hecho me sorprendió que fueran tan pocos alumnos (unos quince o dieciséis). Más adelante fui conociendo al resto del curso, pero en general había ausentismo o abandono.

A mí me tocaban las primeras horas, lo que significaba que debía dedicar una parte de la clase a que los alumnos desayunaran. Si bien podría pensarse que esto era algo rápido, en

¹ Estudiante avanzada del profesorado en letras de la UNMDP. Me desempeñé como adscripta con funciones en docencia en la cátedra de Literatura y cultura europeas en el 2007. Participé como tallerista en VII y VIII Jornadas “La literatura y la Escuela” de la Asociación Civil Jitanjáfora. Realicé una pasantía en el programa de enseñanza de español para extranjeros denominado “Hunter”, en el año 2008. También realicé la pasantía “Programa de Talleres Barriales de Literatura 2008”. Participé del Proyecto de Voluntariado Universitario “Los chicos tienen las palabras”. Actualmente trabajo en diversas escuelas secundarias, tanto privadas como públicas, desde el año 2010.

E-mail: letrascfuertes@gmail.com

realidad se perdían cerca de 15 min de clase. Por lo que al planificar las mismas debía tenerlo en cuenta.

Entre los desafíos que tuve que atravesar, uno de ellos fue la cuestión de los límites. El problema se observaba a simple vista, no había una distribución lineal de los bancos sino que estaban agrupados como ellos preferían. Poner orden en los bancos no fue tan complicado como lograr que cumplieran con algunas tareas básicas. Hablaban todos al mismo tiempo, no hacían las tareas, no entregaban los trabajos prácticos, pocos estudiaban. A eso se le sumaba la falta de respeto entre ellos que se insultaban o se iban a las manos “porque no me quiso prestar la voligoma”.

La cuestión de la violencia era casi cotidiana, los alumnos se insultaban y al llamarles la atención decían que era su forma de divertirse, “que ellos se trataban así pero que igual seguían siendo amigos”. Formaba parte de su trato diario dentro y fuera del aula. Me encontré con pocos recursos para poder afrontar esto. Recuerdo que luego de sancionar a un alumno por pegarle a su compañero, le pregunté por qué actuaba de esa manera y me contestó: “porque así me enseñaron en mi casa”.

Una de las dificultades para avanzar con los contenidos del diseño se producía porque antes debía trabajar estos aspectos. Es decir, el tema de la convivencia, la tolerancia, el respeto. Lograr un clima de trabajo relajado era mi anhelo pero no siempre fue posible.

Las exigencias que había planteado al principio, por ejemplo, respetar las fechas de entrega, traer el material para la clase, tener la carpeta completa; se convirtieron en un tema de constante negociación. Era complicado seguir lo planificado porque ellos, al faltar tanto a clase, iban adquiriendo conocimientos aislados. Debía parar para explicar nuevamente los temas, ya que no era sólo uno sino varios los que se sentían “perdidos”.

Para poder lograr que los alumnos adquirieran de alguna forma los contenidos esperados a su año, intenté varias estrategias. Pero lo que mejor resultado dio fue la realización de trabajos breves, en clase mayormente, ya que no hacían tareas en sus casas (muchos estaban al cuidado de hermanos menores o debían dedicarse a cocinar y limpiar). Las actividades más apreciadas fueron aquellas donde trabajaban en grupos o donde podían hacer representaciones, es decir,

“actuar” frente a sus compañeros y ganarse sus aplausos o halagos. También, solían trabajar mejor cuando se daban consignas breves y puntuales. Escribir textos era todo un desafío para ellos.

Respecto a los textos leídos en clase, al ser suplente tuve que seguir lo planificado por la profesora titular. Esto sobre todo porque algunos chicos ya habían adquirido el material. Sin embargo no tuvo la recepción que yo esperaba.

Una de las novelas era *El fantasma de Canterville* de Oscar Wilde. Con respecto a la primera, se leyeron en clase varios capítulos y otros se daban para leer en sus casas. La lectura se hacía en voz alta para todo el grupo. Muy pocos querían leer porque la mayoría presentaba dificultades para leer de corrido y los demás se burlaban. La cuestión fue que, al ser una novela con un fantasma de protagonista, las expectativas que ellos se habían hecho antes de iniciar la lectura los llevó a desestimarla. Era evidente que esperaban leer una historia de terror ya que solían burlarse del personaje y, la narración, según sus palabras, les parecía “tonta” y “no les daba miedo”. Esto llevaba a que lo compararan con películas; buscaban esa misma emoción a través del libro.

Algo similar ocurrió con otros cuentos del género fantástico. Uno de los leídos en clase fue *En la carretera de Brighton* de Richard Middleton. En esta historia se genera una ambivalencia respecto de si el personaje protagonista está realmente vivo o no. Y sobre el final reaparece un acompañante por la carretera que le dice haber muerto esa mañana. Una alumna estuvo interesada en tratar de desentrañar si el personaje principal también era un fantasma. Pero la mayoría del curso no se asombró. Al preguntarles qué les había parecido, varios contestaron que le faltaba acción.

Creo que en definitiva, no se lograba establecer un pacto de lectura acorde a estas historias. Ellos buscaban encontrarse con otro tipo de narraciones y, por eso, tal vez perdían el interés en ellas.

Cuando vimos género realista, leímos varios cuentos. El primero fue *Pobres gentes* de Tolstoi que les resultó muy interesante. Prestaron atención y participaron dando su opinión.

Algunos comentaron experiencias similares que conocían en la vida real por ser cercanas a ellos; y otros, por haberlas visto en la televisión.

Recuerdo que se detuvieron en un aspecto al que yo no había dado particular importancia. Se centraron en el pasaje donde se contaba que la vecina había muerto dejando a sus dos hijos pequeños solos. Aproveché la ocasión para que hipotetizaran sobre las posibles causas de su actitud. Algunos comentarios recriminaban las acciones del personaje, otros se preocupaban por lo que habrían sentido la madre y los hijos. Se destacó qué sensaciones generaban en ellos. Tristeza, soledad, desánimo, fueron las respuestas más escuchadas. Esto sirvió para analizar más detenidamente la escritura: vimos cómo a través del estilo del autor, sus descripciones, los adjetivos y palabras seleccionadas, había logrado transmitir esas sensaciones.

Considero que todos los cuentos pertenecientes a este tipo de género y, más adelante, los textos periodísticos vistos, fueron mejor recibidos por ellos. Esto llevó a que se interesaran y el trabajo en el aula fuera más productivo. Hubo una devolución de su parte y la posibilidad de un análisis en mayor profundidad ya que se distraían menos.

Dado el contexto, ya comentado, en el que se insertaba la escuela y los alumnos, creí que las narraciones fantásticas tendrían más éxito. Me parecía que siendo algo un poco más alejado de la realidad podría gustarles por presentar posibilidades diversas a las vividas. Sin embargo, fueron historias que no los cautivaron ni llegaron a representar algo emocionante. Distinta fue la recepción de los cuentos realistas con los que algunos parecieron haberse sentido más identificados.

Creo que el contexto puede llegar a influir en los gustos de los alumnos, si bien no es la única explicación posible, es un factor importante a tener en cuenta. Estos jóvenes habían dejado atrás una parte importante de su infancia a temprana edad, por eso mismo, muchas historias les parecían demasiado simples o que carecían de valor. Fue importante para mí notar esto y tener en cuenta sus necesidades porque los textos que seleccioné posteriormente busqué que fueran más impactantes.

Esta cuestión me llevó a plantearme si algunos géneros eran mejor que otros en determinados contextos y si era posible “enseñar” literatura. Arribé a la conclusión de que más allá

de si surtían el efecto esperado por mí o no, era importante que ellos los conocieran. La literatura se puede “enseñar”, en el sentido de “mostrar” a otros, nuevas posibilidades. Pero el gusto por ella, su apreciación, dependerá de los intereses particulares de cada uno. Lo importante es que ella sea capaz de generar una reacción en el otro.

Una cuestión positiva fue que, a pesar de todas las dificultades, logré establecer un vínculo medianamente bueno con la mayor parte del curso. Lo sorprendente fue que al charlar aparte con aquellos alumnos que distraían al resto e impedían a veces el desarrollo de la clase, me encontré con una traba impuesta desde el lenguaje.

Cuando intenté establecer si tenían algún tipo de problema con la materia o era algo más personal, me contestaron que yo no les caía bien. Cuando indagué las causas, descubrí que me sentían “distinta a ellos”. No por una cuestión de apariencia física, ni siquiera de personalidad, sino porque “hablaba diferente”. Esto para ellos se traducía, según lo que me explicaron, en que les resultaba engreída. Intenté explicarles que no era algo que yo hiciera adrede sino que era parte de mi formación y que la idea era que ellos también aprendieran a expresarse de esa forma. Luego de esta charla, mejoró mucho el trabajo en el aula.

Lo que los alumnos advirtieron, sin que me diera cuenta, y sentían como algo ajeno era el lenguaje, entendido como una forma de marcar los estereotipos sociales. Según lo que explica José María Gil en “El papel del lenguaje en el fracaso escolar” el lenguaje desempeña una función muy importante a la hora de transmitir valores, significados y orientaciones comunicativas. De hecho, algunos investigadores establecen que el fracaso escolar se produce porque influye en él la variedad del lenguaje utilizada por los grupos de sectores socioeconómicos menos favorecidos. De esta forma, explica que existen dos hipótesis: la de la diferencia y la del estereotipo. La primera sostiene que el dialecto de estos grupos es distinto del habla estándar y estarían en desventaja simplemente porque ciertos contextos exigen su uso. Es una carencia práctica, no significa que su lenguaje sea deficitario. La segunda hipótesis, está en relación con los prejuicios sociales. Se cree que por hablar distinto esta incompetencia les impedirá avanzar con éxito en el colegio o directamente sufren el rechazo de otros estratos sociales.

En el caso que estoy relatando, los alumnos que se resistían a participar no tenían problemas para apropiarse del lenguaje estándar sino que no querían. Tal vez, esto se debiera a que los obligaba a salir de su zona de confort, o más importante aún, que implicaba “ser” algo o “formar parte” de algo que no sentían propio. Por eso, más allá de una cuestión social, el lenguaje permitía reflejar quiénes eran y transmitir valores acordes con ello.

La dificultad para mí fue detectar esto y lograr explicarles que no quería que cambien su forma de hablar sino que aprendan otras formas, adecuadas a otros contextos. Sobre todo porque es el lenguaje que probablemente usaran en un futuro en el ámbito laboral.

En definitiva era una escuela con una alta tasa de deserción donde los chicos abandonaban por diversos motivos. No es tarea fácil establecer por qué se producía el fracaso escolar, en todo caso, se debía a varios factores. Entre ellos, desde lo que pude apreciar, estaban: la falta de interés familiar, el desgano de los alumnos, la barrera lingüística y sobre todo, la situación socioeconómica.

En este marco dar clases era un desafío porque como docente debía luchar con las resistencias de los alumnos y con los problemas que cada uno traía a clase. Uno debía adaptarse a sus posibilidades y, así, llevar cuentos cortos, con un vocabulario no demasiado complejo para que no se sintieran frustrados, etc. El trabajo era más paulatino y gradual.

Las actividades planeadas solían llevarme más tiempo del pensado porque surgían situaciones imprevistas que impedían un buen clima de trabajo. Cuando la actividad les gustaba casi todos prestaban atención y ponían mejor predisposición, pero cuando esto no ocurría se distraían con facilidad. Por ello, a la hora de pensar las actividades didácticas debía tener en cuenta múltiples factores para que la clase pudiera desarrollarse.

Considero también que en este caso el trabajo en clase requería de dos elementos: límites, entre ellos y respecto a sus tareas; y reconocimiento de sus logros por parte de sus pares y docentes. Lo primero era necesario para lograr instalar nuevos hábitos, y lo segundo, para generar vínculos y elevar su autoestima.

Aunque haya sido una experiencia donde los obstáculos se imponían constantemente, ha sido también, una de las más educativas para mí como docente. Me llevé muchas frustraciones y

algunas alegrías. Pero por encima de todo, me hizo valorar aún más mi profesión porque considero que enseñar logra cambios. Aunque a veces no veamos los frutos a corto plazo, permite que los chicos que más lo necesitan cuenten con otras realidades, que sean capaces de soñar con un futuro distinto.

Bibliografía

- Wilde, O. (2009): El fantasma de Canterville. Buenos Aires: Cántaro.
- Middleton, R. (2007): «En la carretera de Brighton». En: Apariciones. Antología de relatos de fantasmas. Buenos Aires: Alfaguara.
- Tolstoi, L. (2010): Pobres gentes:
<http://www.ciudadseva.com/textos/cuentos/rus/tolstoi/pobres.htm>
- Gil, J. M. (2006): «El papel del lenguaje en el fracaso escolar». En: Nexos. Año 13, N°22: EUDEM, 17-23.